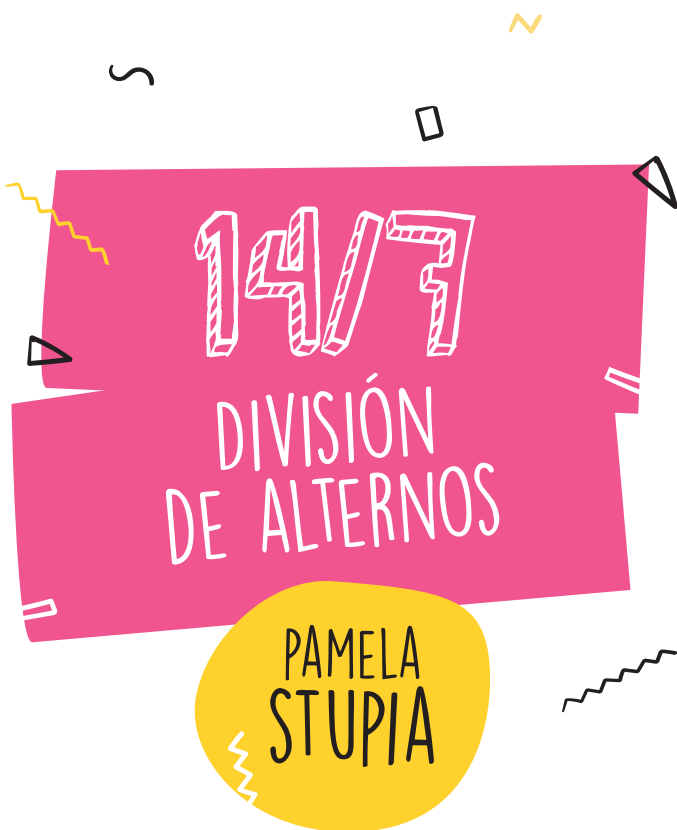


14/7

DIVISIÓN DE ALTERNOS



PAMELA
STUPIA



,

The header features a red triangle at the top left with a black zigzag line and a small black rectangle. To its right is a yellow semi-circle with a black zigzag line and a small black rectangle. Below these is a pink rectangle with a black zigzag line and a small black rectangle. The word "CAPÍTULO" is written in pink, stylized, uppercase letters to the left of the pink rectangle. The number "1" is written in white, stylized, uppercase letters inside the pink rectangle.

CAPÍTULO 1

Todo había sido muy espontáneo y rápido, demasiado tratándose de un viaje a otro continente y en plenas vacaciones de verano. Hubo grandes planes cancelados: la vida, básicamente, se había transformado en cuestión de minutos. No era nuevo, era una zona conocida porque ya lo habían vivido, sin embargo, esta vez, el sentimiento era diferente. El miedo era menor, pero la responsabilidad y la conciencia de lo que estaba sucediendo era más aguda, más intensa. Preocupante.

Cinco años después de la última vez que habían tenido esas mismas sensaciones, todo parecía ser parte del pasado, de un sueño, de un simple recuerdo de la infancia que, a veces, se tornaba hasta increíble. Había pasado demasiada agua bajo el puente. Los días de escuela eran solo un añorado recuerdo. En ese momento sentían que, una vez más, lo imposible había tocado a su puerta. Otra vez ese círculo: incertidumbre, miedo y sed de aventura. Todo junto.

Eran distintas, porque eso es lo que hace el tiempo, no cambia a las personas, las moldea... las entrena. Ya no eran aquellas chicas de 14 años recién llegadas a Buenos Aires que se enamoraban por primera vez, pero al mismo tiempo sí lo eran. Lo esencial estaba ahí y el aroma del recuerdo invadía aquel largo pasillo de aeropuerto y producía un completo *déjàvu*. Cada paso era igual al anterior, las paredes, las curvas, el resonar de sus

pasos. Todo se repetía hasta el cansancio. Nadie hablaba. Todo estaba en sus cabezas. Estaban allí, caminando por ese suelo desconocido y llegando a una ciudad desconocida por razones que también desconocían. Y era cierto, habían perdido el ritmo, lo habían dejado atrás.

Mara había deseado más de una vez viajar a Europa y durante muchos años lo había planificado, aunque, verdaderamente, nunca había pensado que llegaría allí con un problema que desconocía. Internamente le preocupaba; no sabía por qué estaban allí ni qué debían hacer, pero estaba con sus amigos, que ya no eran los mismos con los que había tenido que enfrentar cosas terribles cinco años atrás, aunque seguían siendo los que la acompañaban en cada pequeño problema o desafío al que se enfrentaba.

El hecho de estar en aquella situación conocida, la de la aventura, le daba un poco de melancolía y si bien sabía que algunas cosas habían cambiado y que la mirada de esas cinco personas que tenía al lado no eran las mismas, ella insistía en que lo que había en esos corazones seguía intacto, igual que su amistad. Había nervios, miedo e inseguridad, pero estaban ahí y Mara sabía que iban a superar cualquier inconveniente. Se rio para sus adentros y se dijo: “Superamos cosas peores, esto no debería ser tan complicado”.

Cielo respiró hondo, apesadumbrada. Los jeans negros ajustaban sus piernas, que ya no eran las que había odiado tanto a los 14 años, pero sí eran las que odiaba a los 19 y, por dentro, se deprimía de solo pensar que nada de lo que estaba sucediendo era lo que esperaba. No quería estar ahí ni tenía la más mínima intención de volver a vivir lo que había dejado atrás. Ni siquiera entendía por qué había aceptado; de haber podido, hubiese vuelto corriendo a su casa, con Melón y sus papás en ese mismo instante, pero era imposible. Ya no había retorno, estaba ahí, repitiendo sensaciones que no quería revivir y aunque intentaba no mirarlo era imposible. Eran seis personas en un lugar absolutamente desconocido y el solo hecho de sentir su respiración, que tanto conocía, la mataba por dentro. No podía, se repetía a sí misma que debía ser fuerte como lo había sido durante los

últimos cuatro años, pero no era fácil seguir adelante y hacer como si él fuese uno más, teniéndolo ahí, escuchando su voz.

Se llenó la cabeza de argumentos mientras apuraba el paso a la par de Bianca. Había amanecido tantas mañanas sin saber cuán largo tenía el pelo y si había dejado de usar los clásicos pantalones deportivos que usaba a los 16 años, que sabía que podía seguir viviendo así. El problema era que ahora sí sabía cómo se veía con 21 años. Ahora veía cómo el tiempo había moldeado su rostro y su personalidad. Todo en su vida estaba planificado, excepto eso. Una semana atrás no había tenido en cuenta que podría tenerlo a solo unos pasos. Ni siquiera había pensado que ese grupo de WhatsApp, alguna vez, iba a volver a sonar.





Bianca



Mara



¿Y Cielo?

Agustín

Estoy muy contento de haberme liberado de mis estudios para siempre, pero no les escribo por eso, lamentablemente.

Bianca

Ya me asusté.

¿Es algo serio? 🧐

Mara

¿Le pasó algo a Cielo?

Agustín

A Cielo no la veo hace cuatro años...

Guille

Ay, Mara, Mara... 🧐

Mara

Bueno, yo qué sé, como era la única que no estaba respondiendo. 🧐

Guille

Agus, contanos.

Bianca

¿Llamo a Cielo para que se una?

Bianca

A lo mejor está estudiando y no mira el celular.

Agustín

Ok, avísenme cuando estén para que les cuente.

Guille

Contanos, Agus, Cielo siempre mira el celular.

Mara



¡Real!

Agustín

Recibí un mensaje hace un rato...

De la misma persona que recibí un mensaje hace cinco años.

Cielo

¿Es necesaria la adivinanza?

Mara

¡Confirmado! Cielo siempre mira el celular. 😊

Guille

Agus...

¿Recibiste un mensaje de la persona que estoy pensando?

Mara

Me perdí. 🧐

Bianca

Somos dos. 😊

Agustín

Sí, no sé si es seguro hablar por acá, pero no es nada concreto.

Guille

¿Te escribió El Alfil?

Agustín

Ajá.

Bianca

¿El papá de Charo?

Mara

Yo hablé con Charo ayer y no me dijo nada

¿Pasó algo?

Agustín

Sí, pasó algo que no sé qué es. Ya lo conocen, nunca dice lo que pasa.

Mara

Técnicamente no lo conocemos.

Agustín

Es verdad 😊 pero ya sabemos cómo fue la última vez.

Bianca

En realidad, no lo sabemos porque lo ocultaste y te fuiste solo a La Plata a la ex casa del Alfil.

Mara

Hablemos de cómo se desubicó ese día Agustín. 😞

¡Qué épocas! ❤️

Bianca

Uno deprimido porque vivía en una ciudad nueva y Agustín yéndose solo a buscar tesoros.

Agustín

Cuando ya no tenés nada que perder...

Guille

¡Te queremos, Agus!

Agustín

Yo también las quiero.

A todas.

Mara



Ejem, ejem.

Agustín

Yo no sé qué planes tienen, chicas, pero El Alfil me pidió que vayamos a verlo.

Bianca

¿Está acá? ¡Muero por conocerlo!

Agustín

No, está en la sede central de ODA, como siempre.

Guille

¿En Londres?

Agustín

Ajá.

Cielo

¿Pretende que viajemos a Londres y ni siquiera dice qué pasa?



Mara

¿Te dijo algo más?

Agustín

Que ODA está en problemas, que hay un riesgo importante y que es muy peligroso para ustedes.

Mara

Ah, ¡rebien!

Bianca



¿Se supone que tenemos que ir?

Agustín

Me mandó los pasajes, parece ser que no hay opción.

Cielo

Ni loca...

Agustín

Bueno, piénsenlo y después la seguimos.

Ah, los pasajes son para el sábado.

Mara

¿Sábado? 🧐

Bianca

¿Este sábado? ¿Dentro de cinco días?

Agustín

Ajá.

Dice que es importante que vayamos, que muchas vidas dependen de esto y que solo faltamos nosotros. A mí también me parece una locura, pero confío en él. Y ya saben que para mí ODA es importante, por mi viejo.

Cielo

No entiendo. ¿El Alfil pretende que uno deje todo y se vaya por su adivinanza?

Agustín

No sabía que tenías cosas tan importantes acá...

Cielo

¿Estás insinuando que no tengo vida o qué?

Agustín

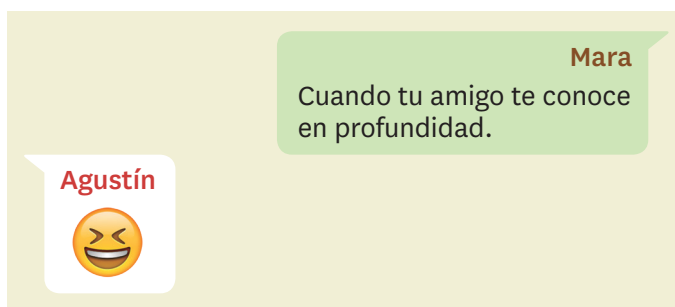
No, solo que no sabía que había algo importante que no podías dejar.

Guille

Chicos, porfa...

Agustín

Guille, háblenlo entre ustedes y me avisan, dudo que estén de acuerdo tan rápido.



Habían dudado, discutido y debatido. Viajar a otro continente, sin saber siquiera para qué resultaba delirante, pero ellas ya lo habían vivido. Sabían que esa vorágine de sucesos podía ser realmente seria y así se lo tomaron.

Mara estaba más fascinada por conocer Londres que por entender cuál era la razón puntual de la cita, mientras que Guillermina y Bianca habían intentado averiguar algo más en ODA, pero había sido en vano. Si bien la cúpula de la agrupación sabía lo que sucedía, les habían pedido que fueran prudentes ya que solo podían tratar el tema en la sede central de ODA, en Londres.

Franco y Agustín, que habían logrado convertirse en buenos amigos, habían averiguado lo máximo posible pero no habían conseguido ningún dato puntual aunque ambos trabajaban en ODA. No tenían ninguna pista, todo indicaba que, si querían ayudar, la única opción era viajar.

Siguieron las instrucciones que les había dado Charo. Salieron del aeropuerto, compraron una tarjeta para poder viajar en subte y se tomaron el primer tren. Estaban lejos del centro de la ciudad, pero cerca de donde iban. Después de tres estaciones, abandonaron el vagón. La estación parecía sacada de un cuento. La zona era silenciosa y solo había un pequeño techo sobre un banco donde estaba sentado un hombre, abrigado hasta los dientes.

—Por aquí —dijo el hombre y los condujo por un sendero.

Nadie respondió, simplemente lo siguieron hasta llegar a una camioneta donde los esperaba Charo.

—¡Qué lindo verlos! —dijo con una sonrisa y los abrazó uno a uno— ¡Qué seriedad, chicos! Gracias por venir, realmente sé que suena raro, pero es muy importante tenerlos acá.

—¿Nos vas a contar qué pasa? —la interrumpió Cielo.

—Cielo, sé que no querías venir, te agradezco más que a nadie que estés acá, sé que no estuviste usando tus poderes los últimos años y que querés mantenerte al margen, pero sin uno de ustedes, no sirve... todas son importantes, sin un eje, no hay fusión.

—De nada, pero ¿cuánto más sabés de mi vida? —dijo indignada mientras Charo esbozaba una sonrisa.

—Bueno, hablamos mucho con Mara y yo sigo muy ligada a ODA, con lo cual, siempre le pregunto por ustedes.

—Dale, Cie, no seas mala onda —interrumpió Mara—. Así como te cuento cosas de Charo, a ella le cuento cosas de ustedes, ¿cuál es el problema? —reclamó.

—Perdón que interrumpa la discusión, pero tengo frío, hambre y me quiero lavar los dientes —dijo Agustín, frustrado—. ¿Podemos subir e ir adonde debamos ir?

Cielo lo miró con recelo. ¿Acaso era un reclamo hacia ella? Sabía que no tendría que haber ido, quería desaparecer del universo o teletransportarse a su casa. No había vuelta atrás, se subieron a la camioneta y emprendieron viaje.

El tramo fue largo y estaban cansados. Habían pasado más de diez horas en un avión y casi nadie había dormido nada en los últimos cinco días. Si bien Franco y Agustín trabajaban en ODA y mantenían su vida muy ligada a ese mundo, no estaban listos para algo así. No tenían idea de a qué iban a enfrentarse y ni siquiera sabían cuándo iban a volver a Buenos Aires. Todo era una gran incógnita.

Intentaron sacarle información a Charo, pero se mantuvo firme. Les pidió que tuvieran paciencia y aseguró que una vez que llegaran iban a saber todo. “Es delicado, y solo se puede hablar en un lugar seguro”, insistió repetidas veces, hasta que los chicos se resignaron. Solo debían llegar, el tramo más largo ya lo habían hecho.

Continuaron en silencio y una vez que descendieron de la camioneta, lo vieron: un enorme castillo inglés, como sacado de un cuento. Era de piedra gris, y a la distancia se veía la fosa que lo rodeaba. Las enormes puertas sostenidas con cadenas llamaron su atención, pero no pudieron mirar demasiado porque Charo los guio rápidamente por el castillo, hasta llegar a una enorme sala donde solo había tres largas mesas y un leño. Parecía un comedor donde podían alimentarse cientos de personas. Desde el extremo de las mesas era casi imposible ver el otro. Metros y metros de grandes tablones de madera y largos bancos. Todo para ellos solos.

Cuando Charo abandonó el salón, Agustín rompió el silencio.

—Trabajo en ODA hace tres años y jamás supe que la sede era tan increíble.

—Imponente —respondió Franco mirando el techo con la boca entreabierta.

—La pregunta es —dijo Mara mientras los demás la miraban atentamente—: ¿la Cenicienta vivía en un castillo así? —Algunos, como Cielo, se quejaron de su intervención, mientras que otros se rieron mientras ella continuaba. —Porque verdaderamente siempre me pareció un exceso que la hicieran limpiar el piso con un cepillo, pero si encima el lugar era tan grande, era un abuso —dijo con los ojos más abiertos que nunca.

—Mara —dijo Guillermina riéndose—, el piso que limpiaba Cenicienta era el de la casa de la madrastra, no el del castillo.

—Cuando yo insisto con que nos digan qué pasa, se enojan porque se tienen que lavar los dientes, pero si Mara habla de la Cenicienta, nadie se queja, ¿no? —se quejó Cielo.

—Bueno, le estoy tratando de poner onda —respondió Mara sacando la lengua mientras Bianca la rodeaba con el brazo y sonreía.

—¿Es mucho pedir que le pongas onda vos también? —le dijo Bianca, pero Agustín la interrumpió.

—Ya pasé un buen tiempo discutiendo con vos, empecé todas las discusiones que quieras, que no voy a seguirte en ninguna —dijo mirando a Cielo con el ceño fruncido y dio unos pasos hacia el leño.

El salón quedó en silencio, Cielo lo miró y resopló, mientras el resto de los chicos intentaba mantenerse al margen. Sin lugar a dudas, iba a ser mucho más difícil que cuando tenían 14 años, ya no eran los mismos, ni ellos ni sus relaciones.

Por suerte, solo fueron unos pocos minutos de incomodidad, porque un grupo de personas irrumpió en la sala. Dos hombres de alrededor de 26 años y seis mujeres de diferentes edades ingresaron al salón y se ubicaron en uno de los largos bancos. Se conocían entre sí, pero por lo que pudieron detectar rápidamente, hablaban diferentes idiomas.

—Me van a decir que soy una desubicada, pero de repente me entró la urgencia de hablar inglés nativo —dijo Mara girando la cabeza hacia uno de los hombres que había ingresado a la sala.

—¿De verdad, Mara? ¿Acá también? —le dijo Franco co-deando a Agustín que estaba intentando no reírse fuerte, no quería que creyeran que se burlaban de ellos.

—Chicos, la vida es así —dijo Mara con una seriedad fingida—. Hay que encontrar siempre el lado bueno, si vamos a estar desolados en Londres, en el castillo de la Cenicienta, qué mejor que encontrar a un príncipe.

—Todos los chistes le cierran, el día que eso me pase, empiezo a hacer *stand up* —dijo Cielo que, por primera vez en el día, había esbozado una sonrisa.

—Igual —insistió Mara mirando a las chicas—, ¿ustedes vieron lo que es esa persona? —y volvió a mirar al chico que parecía no darse cuenta de la situación.

Tenía el pelo revuelto y dorado, era alto y 23 de las 24 horas diarias las dedicaba al deporte (o eso decían sus brazos). Tenía ojos celestes y achinados que contrastaban con el color de piel, también dorado, como el cabello. Su voz era gruesa y fuerte, y era el más atlético del grupo. Cuando miró en detalle, Mara notó que todas las personas que habían ingresado al salón tenían el nombre bordado en la camiseta.

—Chicos, ya sé el nombre de mi futuro marido —dijo y disminuyó la voz—. Josh.

—¿Marido? —se rio Agustín.

—¡No tenés vergüenza! —agregó Franco y miró al resto de las chicas— Por favor, controlen a la fiera.

Las chicas se rieron, y observaron al resto de las personas. Al lado de Josh estaba Thomas, un poco más alto que el primero, pero más delgado. Tenía el pelo castaño y enrulado. Su piel también era dorada, al igual que la de las dos chicas que los acompañaban: Samantha y Kayla eran idénticas hasta en la forma de respirar. Ambas tenían cabello castaño con leves reflejos rubios. Sus labios eran pequeños y las cejas, anchas. Tenían ojos redondeados de color turquesa y eran altas y delgadas.

Cerca pero no tanto, había un grupo de cuatro mujeres que eran notoriamente más chicas. Tenían alrededor de 16 años y eran muy diferentes entre sí: Marta era alta y delgada, parecía sacada de una pasarela. Sus piernas eran kilométricas (aún más que las de Bianca), tenía el cabello negro azabache y los ojos oscuros e intensos. Su voz era gruesa y rasposa, y su carácter, visiblemente fuerte. Rosario era más pequeña y parecía callada. Su cabello rojo intenso le rozaba los hombros, era lacio y sedoso. Dentro del mismo grupo estaban Alba y Eva, las únicas que habían prestado atención a la presencia de los chicos y habían sonreído a la distancia. La primera tenía el cabello gris y ojos verde esmeralda. Era alta y de contextura grande. Eva era de estatura media y cabello corto, con algunos mechones largos que completaban su estilo. Tenía algunas pecas que le decoraban el rostro y un lunar a uno de los lados de la nariz. Parecía seria y un poco más grande que las demás chicas.

Habían observado lo que podían para tratar de entender quiénes eran esas personas y qué hacían allí. Estaban comenzando a cansarse de la incógnita, aunque Mara seguía más que entusiasmada por la presencia de Josh. Por fin, la puerta se abrió nuevamente y a través de la luz que asomaba por aquella entrada, los chicos vieron a dos hombres con unas túnicas violetas que llegaban hasta unos pocos centímetros arriba del piso.

—Bienvenidos, soy Juan —dijo uno de ellos y aclaró con una sonrisa—: El Alfíl.

Los chicos sonrieron y fueron a saludarlo. Sabían su historia y lo importante que había sido para los alternos. Agustín, sobre todo, sentía que le debía mucho. Gracias a él había podido conocer la historia de su padre y, como consecuencia, la suya. Juan caminó hasta el leño e hizo una seña para que todos tomaran asiento.

—Podría decirse que ya estamos todos, pero la verdad es que aún estamos incompletos —dijo y agregó—: Cielo, Mara, Guillermina y Bianca vienen de mi país, Argentina, y son los ejes que nos faltaban —dijo al resto de los chicos y volvió con la mirada hacia ellos—. Chicos, ellos son los últimos dos grupos de ejes que existen en el mundo, vienen de España y Australia. Juntos, tenemos mucho trabajo por delante —sonrió.

